

Cecilia, 23 de marzo de 2010

Por Dra. Teresa Aguilasocho (Monterrey, México)

El texto que sigue a continuación fue leído por su autora en la misa del 2º aniversario de la muerte de su hija, Cecilia.

Gracias por acompañarnos este día... y todos los días.

El día de ayer conocí a un niño con síndrome de Down que se llama Ángel, tiene 3 años, fue operado de corazón siendo muy pequeño, las córneas de sus dos ojos están con cicatrices, es candidato a un trasplante bilateral de córnea, se preguntaran porqué está así, y la razón es porque cuando lo operaron nadie le cerró los ojos en una forma adecuada y las córneas de sus ojos se ulceraron, cicatrizaron y ahora está ciego.

Yo les pregunto, ¿qué hubiese pasado si este niño no tuviera síndrome de Down? Y así como este hecho pasan innumerables, que me han causado enorme tristeza. Es terrible poder constatar este tipo de acciones: No siendo suficiente con la discapacidad intelectual, se le agrega una segunda discapacidad, como la de la ceguera parcial, por un descuido de alguien que pensó que no importaba tanto “vigilar TODOS los detalles”.

Les comparto esta reflexión porque en las más de las veces hemos sentido que la partida de Cecilia, tan prematuramente, fue para dejarnos una misión, la de “Unir Fuerzas” para mejorar la calidad de vida de las personas con síndrome de Down.

Cecilia tuvo una vida plena, disfrutó enormemente cada instante de su vida y siempre la recordaremos con su sonrisa, esa sonrisa que cada día nos regalaba y nos decía lo feliz que era. Esa plenitud que hablaba de sus hermanas, sus incontables logros físicos y motores, aceptando siempre los retos de Isabel, de quien aprendió, entre otras muchas cosas, a escalar cuerdas, puertas y ventanas. Su inigualable perceptibilidad, sensibilidad y empatía para con cualquier ser en sufrimiento, que desarrolló en la convivencia íntima con la infinita ternura y bondad de Mariana, su gemela. Pasando por su inacabable alegría y gusto por bromear, producto de la chispa y simpatía de Sofía, y es de esa manera que deseáramos que todas las personas con síndrome de Down disfrutaran de su vida, en una forma plena.

Su ausencia terrenal nos ha llenado de gozo y también de una enorme tristeza, no ha sido fácil vivir sin ella, era un una gota de agua en el desierto, una luz en la oscuridad, nos enseñaba día a día que la vida está constantemente en necesidad de una tregua y que, con la felicidad en los ojos, es más fácil vencerla; que la perseverancia te da satisfacciones, que la constancia te lleva a la victoria, que la bondad se da sin mirar a quién, que la fortaleza de espíritu y de lucha es una guía diaria, que por muy lejana que se vea la meta hay que continuar, que siempre hay un mañana por qué luchar, que la adversidad se encara con valentía, que el tener síndrome de Down era una forma de vida, que la grandeza no está en los ojos rasgados y la discapacidad intelectual sino que es invisible a los ojos, que se lleva en el corazón y en el alma, independientemente de tu imagen. ¡Qué la vida vale la pena vivirla! Realmente nos ha dejado una gran enseñanza y un gran reto, vivir cada día como si fuera el último de nuestros días. Así vivió Cecilia, cada día en plenitud.

Para mí y mi familia, el verlos reunidos en esta misa a dos años de su partida nos llena de gozo. Gracias por acompañarnos y por sus oraciones, hoy y siempre.

P.D. Me pidieron autorización para publicar este texto. La doy con mucho gusto. Sería mi deseo que, al leerlo quienes tienen un hijo con síndrome de Down, se den cuenta de la infinita felicidad que tienen al estar sus hijos con ellos y que son una gran oportunidad de crecer juntos. Que decirles cada día: “hijo mío te amo por lo que eres”, “te amo por ser quien eres”, “te quiero porque eres mi hijo, una extensión de Dios y de mí”, “te adoro hijo mío”, en fin, todo lo que en más de las veces se nos olvida decir, es lo más importante, aun antes de querer que aprendan esto o aquello. Si no se sienten amados y aceptados, lo demás es más difícil que se dé.

